



¿DESPERTAR DEL LAICISMO?

Antonio Hermosa

La contundente victoria de los demócratas en las recientes elecciones legislativas norteamericanas han supuesto, de un lado, un frenazo a los derroteros pro absolutistas emprendidos por su veleidoso presidente, cada vez más empeñado en semejarse por lo menos a Bucéfalo, el caballo de Alejandro Magno, ya que nunca podría asemejarse al caballero; y, de otro, un rotundo no a la política en general desarrollada en estos años por Bush y la *barriestrellada* sección local del *Escuadrón del Bien contra el Mal* diseñado por quienes le piensan las ideas (y que, por poner un ejemplo económico, en los últimos años ha conseguido que, pese al constante aumento de la productividad, los ingresos familiares apenas lleguen al nivel de 1999).

Así pues, no sólo ha sido la apuesta por las escuchas telefónicas, la tortura o las detenciones ilegales, o los ridículos intentos por coronarse rey de Roma, lo que ha recibido un jaque, esperemos que mate, tras el resultado electoral, sino también el aumento de la deuda o la creciente dependencia del petróleo. Y, por supuesto, la directa y perversa influencia del radicalismo religioso en el quehacer político, que es lo que aquí traigo a colación.

En efecto, parece que este *evangelical* presidente, perteneciente al movimiento de los “renacidos en Cristo” (al que en determinados puntos de su doctrina, como el del amor al prójimo o la misericordia, hacen un caso parecido al de la mayoría de los católicos al papa en cualquier punto), como su *trinitroglicerino* dios mosaico -versión cristiana remozada del pagano Júpiter tonante- han perdido las elecciones, al punto que de ser verdad esa máxima tantas



veces predicada de que “Dios no es neutral” habrá que empezar a ir pensando que el susodicho se ha pasado en casa al bando rival: ¡póngale usted cirios durante años al ingrato para eso!

¿Representa esa sacudida norteamericana la primera señal de que el laicismo empieza a abandonar su letargo público? Quizá sea aún pronto para decirlo, por lo que estaremos a ver qué nos da de sí. En cualquier caso, es hora ya de que el laico Occidente reocupe el espacio que en la vida social ha ido cediendo ante el brioso empuje de los fundamentalismos del más variado pelaje. Es decir, de que los laicos reenciendan la mecha de su conciencia y planten cara a cuantos desafían sus derechos.

Tras la caída del muro de Berlín pareció durante un tiempo que en el polvo de sus escombros las ideologías se volatilizaban, y que el pragmatismo buscaría aliados en todos los bandos para, cuando menos, extender una paz con sordina entre ellos que hiciera la vida aceptable. Pero una suma de abigarrados factores, entre los que se cuentan el miedo a la innovación tecnológica, al inmigrante, al terror, etc., el cultivo de los miedos por parte de ciertos líderes políticos mundiales, la multiplicación de las violencias, el sucederse de guerras inútiles, de catástrofes naturales, o el estallido de los egoísmos individuales y colectivos más la consiguiente nube de intolerancia, han abotargado a la vez que debilitado el alma de los occidentales, haciéndoles ver el futuro como un fantasma sombrío.

Ése ha sido el escenario apropiado para la irrupción y propagación de fundamentalismos, no sólo el religioso, y para que las iglesias arremetan contra un mundo desalmado y relativista ofreciéndose como el cemento unificador de las piezas sueltas de la sociedad, en grado de dar sentido tanto al orden colectivo como a cada vida individual. Y, en no pocos casos, para que el Islam engorde con aportes del exterior.



Es hora, pues, de recordar que los laicos no somos egoístas por vocación o nihilistas por naturaleza; libertad, igualdad y solidaridad, la divisa enarbolada por los republicanos revolucionarios del siglo XVIII, son aún hoy *mutatis mutandis* nuestros principios, y si no aceptamos ni reyes, ni papas ni profetas naturales es porque seguimos reconociendo como única autoridad originaria a nuestra conciencia y a su discípulo, el sentido de la responsabilidad. Por eso, incluso entre los laicos creyentes la creencia más sagrada de la vida social es la separación entre la Iglesia y el Estado, o, más generalmente, entre religión y la política.

Ésa filosofía es la que nos convierte en blanco involuntario de todos los doctrinarios de La Verdad, y por ello, aun cuando la existencia de tres Verdades distintas suponga necesariamente la de tres dioses diferentes y *una* única mentira verdadera, las religiones siempre tendrán en el laico, especialmente en su versión atea, al provisional cemento que sí las une a ellas en una Santa Alianza Antilaica de la que la democracia quizá sea una de sus víctimas más ilustres. De hecho, los ateos, al igual que la ciencia, que debería someterse a la fe, constituían el blanco del célebre discurso del Papa en Ratisbona, que así preparaba un terreno común donde cristianos y musulmanes podrían reunir sus fuerzas en aras de su sempiterna cruzada contra la razón a la que tanto les mueve, a unos como a otros, el instinto. Es algo que los propios musulmanes hubieran podido entender sin más de haberse molestado en leer mínimamente el discurso, es decir, si en lugar de practicar fervorosamente la fe –insultos, amenazas, hogueras y algún que otro asesinato- se hubieran dado a cultivar la razón. Pero, ya se sabe, contradicciones... las menos (pero ¡ojo avizor!, pues de ahí quizá quepa deducir que, vencido el enemigo, la guerra civil religiosa igual estalla en toda su divina crueldad).

Demos por tanto la bienvenida al aldabonazo encarnado en las elecciones legislativas de los Estados Unidos e intentemos amplificar sus efectos sobre la arena pública. No están las cosas como para perder el tiempo, ni los tiempos para



desaprovechar las oportunidades. El laico debe recordar lo que es y obrar en consecuencia, si no quiere un día no muy lejano vivir con la pesadilla y la culpa de ver cómo las iglesias se han convertido en el sacro presidio de sus derechos y libertades.